

[Publicado previamente en: *La Ilustración Española y Americana* (Museo Universal. Periódico de Ciencias, Arte, Literatura, Industria y conocimientos útiles), año 17, n.º 2, 8 de enero de 1873, págs. 31-32. Versión digital con la paginación original].

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## Cueva de Hércules en Toledo

Mariano de la Torre Roldán

[31→]

El año 1851, en una de nuestras frecuentes excursiones a Toledo, encontramos que, habiendo sido derribada la antigua iglesia, de San Ginés, y pasado el solar a ser propiedad particular, se había formado una sociedad para hacer excavaciones, a fin de conocer la famosa cueva de Hércules, que, según la tradición, tenía su entrada por la bóveda de enterramiento de la citada iglesia. La curiosidad natural nos hizo ir a visitar los trabajos, y vimos que a pocos pies de profundidad, debajo de la bóveda, se había descubierto un espacio de cerca de cincuenta, pies, por treinta de ancho, rodeado [-31→32-] en su mayor parte de peña viva, en el que se hallan tres grandiosos arcos de construcción romana, que ocupan todo el largo del espacio con diez y ocho a veinte pies de altura, recordando los acueductos de Segovia y Tarragona, y a los costados dos muros de la misma construcción sosteniendo dos fortísimas bóvedas.

No hallándose salida por ninguna parte que demostrara la existencia de la cueva, y teniendo que seguir las excavaciones por los sótanos de las casas inmediatas, a lo cual se oponían los dueños sin previa indemnización, para lo cual carecía de fondos la sociedad, formada, decidióse no continuar y volver a terraplenar lo excavado, dejando otra vez sepultado tan curioso monumento. Para que no se perdiera su memoria, y deseando tener un recuerdo, hicimos una fiel copia de los arcos citados, que es la que ofrecemos en la página 32.

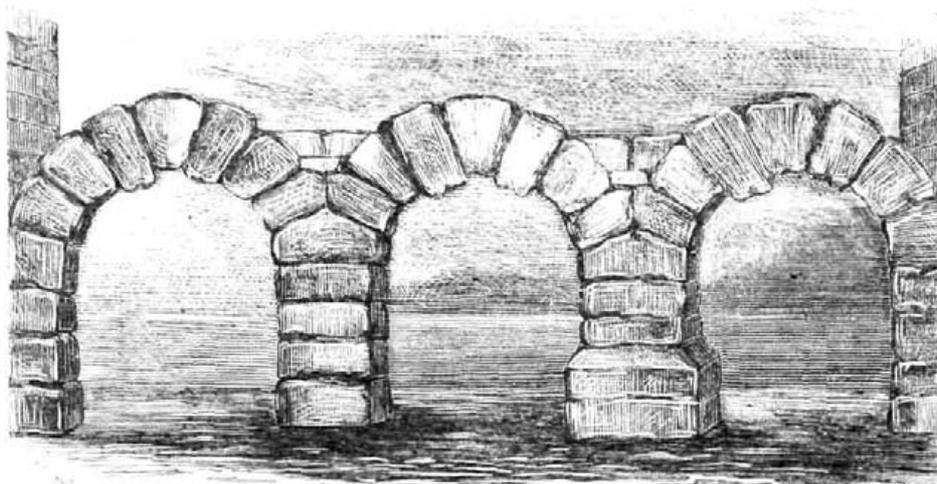
Al publicar hoy el dibujo tantos años guardado, no nos ocuparemos del mérito artístico de los arcos; sólo diremos a grandes rasgos lo que sobre la cueva de Hércules se ha escrito, y nuestra opinión respecto a su existencia.

La tradición de tan famosa cueva, llamada por algunos historiadores de Harpanlux, principia en la época céltica, suponiendo que fue labrada por el mismo Hércules, a quien los aficionados a la mitología atribuyeron la fundación de Toledo.

Según opinión del Sr. Gamero en su *Historia de Toledo*, la mayor parte de la cueva no es obra de los hombres, sino un antro o cavidad que dejó abierta en las entrañas de la tierra alguna revolución volcánica.

En la época romana la tradición es menos fantástica. Quién cree fue un templo consagrado a Júpiter; quién que era un camino cubierto que daba paso a las afueras de la población; quién que fue cripta y catacumba de los primeros fieles, y quién opina, dándole un destino más modesto, que era una cloaca. Al principio pasó como desapercibida en la época visigoda; siglos después se agrandó su fama, y se la hace intervenir, a la par de la novela de la Cava, en el fin desastroso de D. Rodrigo, atribuyéndola encantamientos que contribuyeron a la ruina de la monarquía visigoda y a la dominación agarena. Cuentan varios historiadores, y entre ellos Mariana, tan aficionado a dar crédito a las consejas del vulgo, que al principio de cada reinado se añadía un cerrojo a la puerta por creer que de allí había de salir la ruina del imperio; y D. Rodrigo, despreciando esta

costumbre, con el deseo de apoderarse de los tesoros que se suponían encerrados en la cueva de Hércules o palacio encantado, según la llamaban también entonces, se empeñó en entrar contra el parecer de todos, y encontró dentro de arcas de hierro unos lienzos donde había pintadas figuras horribles, con rostros amenazadores, turbantes en la cabeza, y un letrero que decía, parodiando sin duda las fatídicas palabras que aparecieron en el festín de Baltasar: *Per hos Hispania peritura*: éstos han de destruir a España.



TOLEDO.— Arcos romanos descubiertos en el solar de la iglesia de San Ginés.

El año de 1546, deseando el cardenal Silíceo desvanecer las preocupaciones del vulgo sobre la cueva de Hércules, dispuso hacer un reconocimiento, que dio el resultado contrario de lo que se proponía. Según cuenta Salazar Mendoza en la *Crónica del gran cardenal de España*, penetraron varios hombres con provisiones, linternas y cuerdas para la vuelta, y después de haber estado dentro todo el día, salieron con mucho frío, diciendo, bajo juramento, que habían caminado media legua entre Levante y Septentrión, por penoso camino, encontrando sobre un ara varias estatuas que parecían de bronce, causándoles gran espanto el ruido que hizo una que se cayó, y que ellos se volvieron por no poder atravesar un golpe de agua que corría con mucha fuerza. Lo raro es que al poco tiempo murieron casi todos, aumentando la superstición del vulgo, y el cardenal Silíceo mandó tapiar la entrada de la citada cueva.

En 1838 varios estudiantes de la extinguida Universidad trataron de hacer exploraciones dudando de la verdad del relato de Salazar Mendoza; propósito que no pudieron llevar a cabo por estar la bóveda de la iglesia llena de enterramientos y haberse negado a aquéllos la traslación de los restos. Entonces se decía que había un arco de ladrillo tabicado por donde se suponía que tenía la entrada.

Pero las excavaciones de 1851 han venido a demostrar que todo lo que se ha escrito sobre la cueva de Hércules es una patraña abultada por el vulgo, siempre inclinado a lo maravilloso y fantástico. Nadie ha descrito los arcos descubiertos y cómo están; donde se suponía la entrada debió ser lo primero que vieran los que penetraron en la cueva en tiempos del cardenal Silíceo; indudablemente aquellos exploradores no pasaron de la bóveda de enterramientos, fraguando la fábula horripilante que contaron a su salida para impedir que se descubriera su cobardía con la entrada de otros más determinados.

Nuestro citado amigo, don Antonio Martín Gamero, en su *Historia de Toledo*, supone que si ahora no se ha encontrado la continuación de la cueva es porque está cortada por los cimientos de las casas inmediatas, habiéndose aprovechado para los sóta-

nos: mas no es dudoso, contra esta opinión del señor Gamero, que las casas que rodean la antigua iglesia de San Ginés son de construcción antiquísima, anteriores a la época del cardenal Silíceo, y por consiguiente entonces habría las mismas dificultades para poder penetrar en la cueva que en 1851. Además, si las casas se hubiesen construido con posterioridad, no dejaría de haber llamado la atención el encuentro de concavidades en la dirección donde la tradición señala como el sitio de la famosa cueva de Hércules, y algún recuerdo nos quedaría de ello, aunque el vulgo lo hubiese desfigurado.

La construcción romana de los arcos quita toda idea de la existencia de la cueva en la época fabulosa de Toledo; indudablemente son restos de los cimientos de un gran templo dedicado a alguna divinidad romana, tal vez a Júpiter, porque, como es muy sabido, aquel pueblo guerrero los erigía en el centro de sus fortalezas, y la antigua iglesia de San Ginés estaba situada en el corazón del primitivo cerco de Toledo. Nos afirma más en nuestra opinión que en los sótanos de las casas de la acera de enfrente, y en algunas de la contigua calle de la Lechuga, con peña viva intermedia, sin que haya señales que indiquen que por aquel sitio pudiera continuar la cueva en dirección opuesta al punto que la tradición señala, se encuentran restos de bóvedas de construcción también romana, demostrando evidentemente, en nuestra opinión, que unos y otros son arcos de cimentación para llenar desniveles del terreno, tan frecuentes en aquella parte de Toledo, y edificar sobre ellos el gran templo que, como llevamos dicho, debió de existir en aquel sitio.

Si se cree que las consejas que pasan de generación en generación siempre tienen algún origen verdadero, si se quiere conservar la tradición de la cueva de Hércules, necesario es buscarla en otra parte, como dijo el señor Amador de los Ríos, en el *Semanario Pintoresco*, cuando se descubrieron los arcos, o hacer nuevas exploraciones que vengan a demostrar quién está equivocado.

Concluiremos estos apuntes rogando a la comisión de Monumentos artísticos de Toledo y a D. José de los Infantes, propietario del solar de la iglesia de San Ginés, que hagan todo lo que esté de su parte para que se desentierre el precioso monumento arqueológico a que hacemos referencia en los primeros párrafos de este breve artículo.